

Bartolomé Jiménez Patón (2021). *Comentarios de erudición. Libros xvii y xviii*. Edición crítica, estudio y notas de M.^a del Carmen Bosch, Jaume Garau, Abraham Madroñal y Juan Miguel Monterrubio. Iberoamericana/Vervuert, 291 pp. ISBN 978-84-9192-221-6 (Iberoamericana), ISBN 978-3-96869-175-6 (Vervuert).

MANUELA ÁGUEDA GARCÍA GARRIDO
Université de Caen Normandie, ERLIS/IEHM

La permeabilidad existente entre erudición y oralidad, a la hora de describir la memoria del pasado o la percepción del presente, es uno de los elementos más característicos de la oratoria sagrada española durante el Antiguo Régimen, en cuyo género destacó Bartolomé Jiménez Patón (1569-1640), humanista de Almedina, conocido por su *Elocuencia española en arte* (1604). Ejemplo de esa relación simbiótica que estructura la producción literaria del maestro castellano es el libro que aquí presentamos : una edición crítica del tomo cuarto de los *Comentarios de erudición*, en concreto, los volúmenes xvii y xviii. Se trata del segundo alumbramiento editorial de este género por el que se pretende rescatar buena parte de los libros contenidos en los 8 tomos que el Patón pretendía imprimir, y que probablemente vieron la luz en torno a 1620.

Si la edición del volumen xvi se materializó en 2010 en la casa Iberoamericana/Vervuert, la de los libros xvii y xviii ha aparecido 11 años más tarde en la misma editorial y a cargo, una vez más, de los mayores conocedores de la vida y obra del autor : los profesores M.^a del Carmen Bosch, Jaume Garau y Juan Miguel Monterrubio, todos ellos miembros del Instituto de Estudios hispánicos en la Modernidad (IEHM, Universidad de las Islas Baleares), además de Abraham Madroñal, catedrático de literatura en la Universidad de Ginebra.

A través de este minucioso estudio sobre los *Comentarios de erudición* en el que se analizan tanto los temas y referencias bibliográficas como la estructura y usos lingüísticos, podemos considerar la importancia que tenía la oralidad en la construcción del discurso sapiencial contrarreformista, teniendo en cuenta que este último se incardinaba en la enseñanza de la doctrina cristiana. Al mismo tiempo, la naturaleza dialógico-didáctica de la obra está marcada por el tácito e indirecto coloquio establecido entre Laminio (el narrador de la obra) y el lector, así como por las pláticas que mantiene el dicho Laminio con los individuos que encontraba en su viaje por Salamanca, Galicia, León y Burgos (Jacinto, Plácido...).

Estos caminantes son llamados «compañeros de su peregrinación», designación que nos remite a una referencia neotestamentaria citada asaz por los humanistas: 2 Timoteo 4, 11. El tratamiento del diálogo apela así a una mutación necesaria de la comunicación sapiencial, concebida desde la preceptiva ciceroniana como herramienta de difusión de los saberes en el Renacimiento español. Para el autor de la obra, que se sitúa claramente en las coordenadas culturales del tardohumanismo, este discurso estaba igualmente impregnado de una oralidad dogmática y aleccionadora, deudora de las *Artes Prædicandi*, ya que se imponía como modelo de comunicación kerigmática en el que la erudición solo podía adquirir pleno significado apoyándose en la *eloquentia*.

Laminio, alter ego de Patón, hace de guía privilegiada al narrar lo que observa en los lugares por los que pasa, práctica recurrente en el Humanismo literario que se encargó de difundir la nueva fisonomía del pensamiento cristiano previo al Concilio de Trento : poner las letras humanas al servicio de las divinas. Se trataba de potenciar una visión optimista y a la vez íntima de la comunicación con Dios. Este cristianismo de talante humanista se percibía como un largo sendero de luz que solo podía frenar la amenaza herética volviendo a los Antiguos (cf. *el desalumbramiento, la oscuridad que el yerro causa*, pp. 193 y 194). El protagonista itinerante que nos presenta aquí Patón se erige como baluarte de esa luz que alimenta su erudición compartida. El intercalado de textos provenientes de la Antigüedad grecolatina y su función dialogística con los personajes que desfilan en la obra enriquecen esta visión humanista de los saberes y se convierte en un método eficaz para dotar de sentido trascendente a la espiritualidad cristiana. La traducción al castellano de una carta atribuida a Isócrates y destinada a Demónico (pp. 149-158), soporte de 62 consejos moralizantes, es buena prueba de ello. A esta pieza documental, se añaden algunos epigramas de Marcial, por quien el manchego muestra una gran debilidad, poemas de Boecio, citas de Horacio, Ovidio, Plauto, Varrón, Virgilio, entre otras muchas autoridades.

En cuanto al relato, se inicia en Salamanca, ciudad en la que reside hasta principios de Cuaresma, tiempo fuerte del año litúrgico que, según el maestro Patón, resultaba idóneo para formular disquisiciones moralizantes sobre las vanidades del mundo, la lujuria, la avaricia y demás temas entroncados con los siete pecados capitales que explicaban los predicadores durante el ciclo litúrgico cuaresmal. En este sentido, la descripción del vejamen universitario aparece como lección homilética del *memento mori*. A su vez, el uso reiterado de *exempla* en este tipo de comentarios no puede desvincularse de su proyección pedagógica, sobre todo al conceder a una historia la categoría de *magistra vitae*. Por otra parte, no es casual que la narración comience en la ciudad del Tormes ya que, como apuntan los editores, allí se graduó el autor antes de ocupar diversas cátedras en Villanueva de los Infantes. Por esta razón, en su ejercicio de itinerancia, el propio Patón muestra un conocimiento exhaustivo de la vida universitaria salmantina, infor-

mación que resulta de gran valor para los estudiosos del universo académico en la España del Antiguo Régimen. Igualmente la narración nos invita a adentrarnos en el ambiente religioso castellano (festividades de beatificación y canonización, organización eclesial postridentina, *pietas academica*...).

Tanto los *Comentarios* del libro XVII como los del XVIII abordan asuntos de pensamiento filosófico, contenido literario y de derecho canónico, como el de la licitud de los censos, una referencia que nos lleva a otro texto conocido del autor: *Discurso de la tasa del pan*. El libro XVIII, más concretamente, da cabida a numerosas anécdotas que se hacen eco de fenómenos más propios del primer cuarto del Seiscientos, como por ejemplo, la *peregrinatio academica*. Asimismo, ficciones, fantasías y mitos se dan cita en esta obra extremando las posibilidades de la *varia lectio* como metodología de la erudición. Tampoco desdeña el autor las posibilidades que brinda la Historia oral a las relaciones de sucesos (individuos transgéneros, criminalidad rural, violencia doméstica...). Lo que la gente dice, cree y teme constituye para el erudito Patón un inestimable arsenal informativo que trasciende el terreno del imaginario popular. Hemos de subrayar que el peso de las supersticiones colectivas no cuestiona en la obra el imperio de la teología dogmática sino que se asienta en ella para que la *eruditio cum pietate* encuentre su horma justa, sobre la base de la piedad popular.

Podemos afirmar con absoluto convencimiento que el presente libro es un testimonio de fidelidad a un ideal de erudición anclado en el modelo humanista. Con todo, el texto sugiere la vulgarización del conocimiento, adhiriéndose así al proyecto de *ecclesia* tridentina, más atenta al desarrollo de la religiosidad colectiva que al grado de conocimiento que tenían los menos instruidos de los principales pilares de la doctrina católica. En este terreno abonado para las disensiones en el seno de la catolicidad, la polémica sobre la traducción al castellano de textos religiosos brota con gran vigor en algunas páginas de la obra. El cristiano debe conocer el sentido de la doctrina para conducir una vida virtuosa. Los temas didascálicos que aparecen en las 24 notas finales de la edición (pp. 193-255), presentadas como consideraciones hechas a la sátira X de Juvenal, ponen de manifiesto el afán del autor por ofrecer la correcta instrucción de los predicadores. Las notas proponen una «conclusión acristianada» (p. 253) equiparable a la que introducían los oradores sagrados en sus sermones. Esto nos induce a pensar que los *Comentarios de erudición* de Jiménez Patón, concebidos en su conjunto como un mosaico de piezas desiguales, de diferente factura compositiva y posiblemente atribuidas a diferentes copistas, daban forma a un discurso liso y homogéneo sobre la virtud cristiana; un discurso que, sin duda, se mostraba compatible con las exigencias de una sociedad en la que, incluso en los círculos letrados, primaba la lectura oral¹.

1 Véase Roger Chartier (1992), *El mundo como representación*, Gedisa, pp. 140-141.

En suma, los cuatro editores de este libro, fuente inagotable de saberes, han hecho un esfuerzo encomiable por valorar el trabajo sapiencial de un autor, conocido hoy principalmente por *El perfecto predicador* (1612) en el contexto de la Contrarreforma castellana. Las 839 notas a pie de página dan cuenta de la ingente labor de disección de la obra que se ha hecho desde el IEHM con el fin de localizar y explicar las referencias literarias omitidas por el maestro Patón, caracterizar su personal léxico y sintaxis, así como clarificar sucesos, situar lugares o presentar autoridades que directa o indirectamente concedieron al autor las herramientas necesarias para cimentar un discurso de sacramentalización de la oratoria sagrada. Todos estos elementos finamente analizados en esta edición crítica ponen de relieve el posicionamiento del clero castellano en el proyecto contrarreformista de la monarquía hispánica y su indiscutible adaptación a los requerimientos de los decretos tridentinos.